

VIGILIA DE PENTECOSTÉS

(Almendralejo, 23 de mayo de 2026)

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Bienvenidos a esta celebración litúrgica en la que velamos y oramos invocando la venida del Espíritu Santo y que recrea la espera de los apóstoles en compañía de la Virgen María en el Cenáculo. Bienvenidos a esta celebración que nos prepara para la gran fiesta de Pentecostés, Pascua del Espíritu y una de las fiestas más hermosas de la Iglesia.

Hace cincuenta días celebrábamos gozosos la victoria de Cristo sobre la muerte, con esta Vigilia nos preparamos a acoger la venida del Espíritu, aliento de Dios que pone en movimiento la fe y la vida de la Iglesia, y nos da la fuerza para llevar a cabo la misión que Jesús nos encomendó: "Id al mundo entero y predicad el Evangelio" (Mc 16, 15-18).

El Espíritu es movimiento, es misión, es fuerza que sostiene el testimonio de los creyentes aun en medio de las persecuciones. Hoy, el Espíritu sigue creando, dando vida e inquietando corazones con la misma novedad que antes del tiempo hacia emerger de la nada los primeros elementos (cf. Gn 1, 1ss), y con la misma fuerza con la que encendía los temerosos corazones de los 12 discípulos de ojos abiertos y corazón palpitante que, en torno a María, serían luego apóstoles y testigos de un Cristo vivo.

El relato de los Hechos nos presenta a los discípulos reunidos en el cenáculo. Habían conocido a Jesús, presenciado sus milagros y escuchado sus discursos..., pero todavía tenían miedo. Las puertas estaban cerradas y también estaba cerrado su corazón. Y entontes acontece algo inesperado: "De repente vino del cielo un ruido como de un viento recio... y se les aparecieron unas lenguas como de fuego" (cf. Hch 2, 1-11).

El viento y el fuego son signos del Espíritu. El viento porque el Espíritu es fuerza que empuja, que pone en marcha, que rompe la inmovilidad. El fuego porque el Espíritu ilumina, purifica y enciende el corazón. Después de Pentecostés aquellos discípulos ya no serán los mismos. Los que tenían miedo, salen a anunciar a Cristo, pues sienten que "es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5, 29). Los que estaban divididos comienzan a vivir en comunión. Los que dudaban, ahora proclaman con valentía las maravillas de Dios. Pentecostés es precisamente eso: el paso del miedo a la misión, de la tristeza a la alegría, del encierro y la defensiva a la apertura. Por otra parte, Pentecostés nos trae una sorpresa que no esperábamos: el Espíritu nos lleva a descubrir que bajo las cenizas del desencanto y del cansancio siempre hay un rescoldo vivo, a la espera de ser reavivado; que no hay historia tan marcada por el desengaño o el pecado que no pueda ser visitada por la esperanza; que ninguna caída es definitiva, ninguna noche es eterna, ninguna herida está destinada a permanecer abierta para siempre. Esta es la gran lección que nos deja Pentecostés: que por perdidos o indignos que nos sintamos, no hay distancia que pueda apagar la fuerza infalible del amor de Dios, no hay puertas cerradas que no puedan ser abiertas por el viento del Espíritu.

Seguro que nosotros esta noche y siempre necesitamos Pentecostés. Porque también nosotros podemos vivir llenos de miedo, encerrados en nosotros mismos o en nuestra verdad; con las puertas cerradas a cal y canto por el cansancio, por las heridas, por la rutina, por la falta de esperanza o por una fe demasiado apagada. A veces conocemos muchas cosas de Dios, pero nos falta el fuego de Dios, nos falta su Espíritu.

Entonces el Espíritu Santo viene a adornar nuestra vida cristiana: viene a transformarla desde dentro. Él es quien hace posible la santidad sencilla de cada día. Él es quien sostiene la fidelidad de los matrimonios, la entrega de los sacerdotes, la generosidad y profecía de la vida consagrada, el testimonio valiente de tantos laicos que viven el Evangelio en medio del mundo. Sin el Espíritu la Iglesia sería una organización humana más; con el espíritu la Iglesia es Cuerpo vivo de Cristo en misión.

Hay un detalle muy hermoso en el relato de los Hechos: cada uno escuchaba el anuncio del kerigma "en su propia lengua" (Hch 2, 11). El Espíritu crea unidad, pero no uniformidad. Él no elimina las diferencias, las armoniza. Pentecostés es lo contrario de lo que hemos escuchado en la primera lectura sobre la torre de Babel (cf. Gn 11, 1-9). Allí los hombres, quemados por el orgullo no podían entenderse. En Pentecostés Dios vuelve a unir lo disperso por medio del amor, y se realiza la profecía de Joel (cf. Jl 3, 1-5): los ancianos soñarán y nuestros jóvenes profetizarán: "En aquellos días, dice Dios derramará mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; y vuestro jóvenes soñarán" (Hch 2, 17). Jóvenes: profetizad, no os canséis de señalarnos el futuro que nos marca el Espíritu. Adultos y ancianos: no dejéis de soñar, porque uno que no sueña los sueños del Espíritu ha entrado en "cuidados intensivos"; la muerte espiritual si no llegó, está a punto de llegar.

Tal vez hemos perdido la alegría de creer. Tal vez vivimos cómodamente instalados en la tranquilidad que pueda darnos la "llanura" en la que vivimos instalados, sino la "silla de ruedas", de lo sabido, de lo que "siempre se hizo así", pues en esa situación el Espíritu viene a despertarnos del letargo existencial y nos invita a "subir a la montaña", como hizo el Señor con Moisés, como hemos escuchado en la segunda lectura, Ex 19, 3-20), para encontrarnos con el él y respirar allí aire fresco, el viento del Espíritu. Tal vez rezamos poco y vivimos apoyados en nuestras propias fuerzas; tal vez nos parecemos a los "huesos secos" de los que nos hablaba la tercera lectura (Ex 37, 1-14). Aunque ese fuera nuestro caso, el Espíritu soplará y recobrarán nueva vida. Hoy el Señor nos está pidiendo que demos un paso adelante y nosotros nos empeñamos en seguir paralizados. Y, a pesar de todo, Pentecostés nos recuerda que Dios no abandona a su pueblo, a su Iglesia. Él Sigue derramando su Espíritu.

Cuánta necesidad hay en nuestro mundo el don del Espíritu: en las familias, tantas veces heridas; en la Iglesia, llamada siempre a la comunión; en una sociedad marcada por la confrontación y la indiferencia. Solo el Espíritu Santo puede enseñarnos a escuchar, perdonar, comprender y caminar juntos, soñar juntos, trabajar juntos...

Esta noche debemos preguntarnos: ¿qué necesita renovar el Espíritu en mí? ¿Qué puertas cerradas tiene que abrir? ¿Qué miedo tiene que vencer? ¿Qué fuego necesita volver a encender?

Esta Vigilia no puede quedarse en algo bonito, en algo puramente estético o emotivo. Esta ocasión no es para los que miramos el reloj para ver cuando acaba todo, sino para los que queremos cambiar en la vida y "pasar de lo bueno a los mejor". Pentecostés es una llamada a dejarnos transformar. El Espíritu Santo no actúa donde todo está controlado. Actúa donde hay humildad, apertura y deseo sincero de Dios. Actúa en los que tienen sed y quieren gustar del agua viva que viene del Espíritu (Un 37-39).

Hoy el Espíritu Santo nos llama a congregarnos nuevamente, en torno a María, para recibir la fuerza y la alegría del Hijo resucitado. Pidamos al Padre y a Jesucristo, que a imitación de María y los apóstoles, seamos receptivos al Espíritu que siempre está viniendo, que siempre quiere transformar nuestras vidas y llenarlas de sentido para que seamos capaces de demostrar nuestro amor por Cristo, siguiendo sus pasos e imitando su entrega amorosa.

Pidámosle esta noche: Ven, Espíritu Santo. Ven sobre el Santo Padre, los obispos, los sacerdotes, los consagrados y los laicos; ven sobre nuestra Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz: sobre mí, su pastor, sobre nuestros laicos, consagrados y presbíteros.

Ven Espíritu santo, mándanos un rayo de tu luz y renueva nuestra Iglesia.

Como pastor de esta Iglesia de Mérida-Badajoz en la que el Señor me ha puesto, mientras imploro el Espíritu del Señor sobre mí y sobre esta Iglesia particular, pido a todos los que la formamos, laicos, consagrados, presbíteros, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos: ARÁMONOS AL ESPÍRITU y también hoy será un nuevo PENTECOSTÉS. Fiat, fiat, amen, amen